EL PEZ

PERIÓDICO PARA LA SANTIDAD

MADRID, ESPAÑA — MIÉRCOLES, 4 DE NOVIEMBRE DE 2026 | AÑO I · Nº 003 | EJEMPLAR GRATUITO

EN ESTE NÚMERO Noticias principales, pág. 1 | Colaboraciones, pág. 2

NOTICIAS PRINCIPALES

El Pez se presenta a las elecciones

REDACCIÓN EL PEZ

Buenas tardes, queridos lectores. Tranquilos: El Pez no tiene programa electoral, ni candidato, ni intención alguna de empapelar las farolas. Se ha puesto a propósito, para comprobar algo que vosotros ya sospechabais: basta la promesa de una noticia jugosa, de esas que vienen con su ración de dopamina incluida, para que el dedo vaya solo hacia ella, como quien oye abrirse la nevera.

Los americanos, que para bautizar estas cosas tienen un don, lo llaman clickbait. Nosotros podríamos traducirlo, con algo de libertad, como: cebo para ratones. Un buen queso, vaya. Y a quienes les guste el queso, que somos casi todos, lamento comunicarles que en esta vida, y en esta época en particular, toca resistirse a los quesos que nos va dejando por el camino la sociedad de lo rápido y lo fácil.

Porque la cultura, señores, no cae del cielo. Lo recordó León XIV en junio, en su encuentro madrileño con el mundo de la cultura: "cultura" evoca "cultivo", y por eso conviene preguntarse qué estamos sembrando, qué florece y qué se nos marchita en silencio. La idea tiene más de huerta que de sermón. A los jóvenes, la víspera, les había encargado una misión de lo más sencilla, que no fácil: "¡Sed humanos!". Personas de carne y hueso. Una cultura así le planta cara a la inmediatez, a lo simplemente cómodo y a lo aparentemente "perfecto", como escribía uno de nuestros lectores en la última edición.

Propongo, por tanto, un pequeño ejercicio: dejar de comportarnos como el roedor que recorre el laberinto olfateando el queso y atrevernos a buscar de otra manera. A cultivar, a trabajar la materia, a contemplar. Que no es lo mismo mirar que ver, ni pinchar que leer.

Tampoco podemos quejarnos de la sociedad de la inmediatez si somos los primeros en querer resolverlo todo con un botón. Es como enfadarse del atasco desde dentro del coche.

Usemos la imaginación, que la tenemos. Cuesta un poco, sí, pero compensa.

La hora que nos devolvieron

Hay meses, como los de verano, que se anuncian mucho. Noviembre, en cambio, entra sin hacer ruido y con la luz apagada. A finales de octubre atrasamos el reloj y el Estado, con una generosidad poco habitual, nos devolvió una hora. Ahora salimos de clase o del trabajo y ya es de noche.

La reacción más común es quejarse, que es gratis y abriga poco. La segunda es tirarse al sofá con el móvil en la mano, convencidos de que, si fuera ya no hay luz, al menos la pantalla tiene. Y así pasa la tarde: entre vídeos de treinta segundos que, sumados, duran exactamente lo mismo que la tarde.

Pero quizá la oscuridad no sea un robo, sino una invitación. Las tardes cortas de siempre han sido tiempo de casa, de libros empezados con intención de terminarlos, de conversaciones sin prisa y de llamar a la abuela, que lleva desde septiembre esperando. Lo que falta no es luz, sino un plan algo más ambicioso que dejar que el algoritmo elija por nosotros.

Así que este noviembre propongo aprovechar la hora devuelta en vez de cobrársela al sueño. Que se pierda en algo que valga la pena.

Porque el reloj se puede atrasar, pero la tarde, si no se vive, no vuelve ni en primavera.

COLABORACIONES

PROA AL VIENTO

POR EL LOBO DE MAR

Después de años navegando, de haber atravesado mares, tempestades, tormentas,... después de haber doblado cabos, incluso haberse batido contra piratas y maleantes, de haber encallado, de haber atravesado calmas... incluso varias veces a punto de naufragar... el Lobo de Mar se encuentra hoy en el puerto.

Exactamente en uno de esos bares del puerto, sentado, bebiendo un ron y rememorando grandes momentos de su vida y sus hazañas que a casi ninguno importan y que, sin embargo, son su historia, su tesoro.

Allí mismo, en esa cantina de puerto, el Lobo de Mar observa a una tripulación joven sentada en otra mesa, encendida en el fervor de su juventud y de su alegría. Sus voces llegan a sus oídos. Escucha cómo hace poco tiempo acaban de embarcar, y han salido del primer puerto, su hogar. Son la tripulación del Stella Maris, que comparten juntos la aventura a la que han sido llamados. Beben, cantan y ríen, pero su travesía acaba de empezar.

Este Lobo de Mar, al verles, se pregunta si estarán dispuestos a navegar hasta el final, si alguno se rendirá por el cansancio, por las tormentas, las olas, el viento, el trabajo.. o si más bien sucumbirán a la tristeza al ver perder algún amigo en alta mar. ¿Les sucederá como a otras tripulaciones que después de navegar varios días y de compartir un espacio tan estrecho como la cubierta del navío acaben peleados entre ellos o incluso atreviéndose a lo peor, a encender la chispa de un motín? Igual no llegarán a tanto. A lo mejor se quedarán en el puerto embelesados por la belleza de alguna buena moza y renunciarán a navegar- ¿Quizás se dejen atrapar por algún canto de sirena, como le sucediera a Ulises, y les lleve a estrellar la nave contra las rocas?

El mar está lleno de peligros, de dificultades, de contratiempos, e incluso de tragedias, pero sólo se sale de ellas cuando el rumbo es firme, cuando no se tiene miedo de navegar con la proa al viento. El Lobo de Mar lo sabe, si la tripulación no es recia, no es firme, se quedarán en marineros de agua dulce, o en remeros de góndolas venecianas, pero nunca irán mar adentro. “Duc in altum”, “rema mar adentro” pedía San Juan Pablo II en este milenio.

“¡Por María, la Estrella que nos guía y alumbra!”, a los oídos del Lobo de Mar llega este grito con el que brinda la tripulación. Hay esperanza.

El Lobo de Mar colabora con EL PEZ.

COLABORACIONES

CARTA A MI AMIGA LA VEJEZ

POR SOLDADITO MARINERO

Querida Vejez:

Hoy te escribo porque tengo miedo, cada vez que pienso en ti se me encoge el corazón. ¿Cómo seré cuando te abrace? ¿Miraré a mi vida pasada diciendo que las cosas que hice valieron la pena? Todos piensan en ti como una molestia, perdemos capacidades motrices y también intelectuales, tendremos más tiempo, pero no podremos aprovecharlo, y encima los años se pasarán como los días. Entonces, ¿es eso lo que eres?, ¿solamente una enemiga? ¿Cómo puedo mirarte con buenos ojos? ¡Lo que verdaderamente quiero es amarte!, y cuando esté contigo ser capaz de seguir sacrificándome por lo demás. ¡Pero eso es imposible, no podré! Si ahora en juventud no soy capaz de llevar mi cruz, ni amarme a mí mismo y menos aún de entregarme por las personas de mi entorno ¿qué será de mí cuando esté contigo? El mundo me susurra constantemente que no me preocupe, que lo deje para más tarde, me hace pensar que estaré toda mi vida con mi amiga la juventud, pero en el fondo de mi corazón sé que no es así. Dice San Agustín: “Me disgustaba que en la escuela se emulara a los jóvenes... a la gloria vana... Espero que vosotros, conscientes de esto, seréis cada vez mejores” Entonces, ¿solo podré trabajar y potenciar mis virtudes en este momento de mi vida?, se podría decir que estamos en un Kairós (es la palabra griega para hablar de tiempo concreto, aquel en que se juega mi historia). Ayúdame querida amiga, no creo ser capaz de llevar esta carga tan pesada, por eso te escribo esta carta, para que me puedas aconsejar antes de que esté contigo. ¿Qué debo hacer ahora en mi vida? No quiero darme cuenta en mis últimos días que mi vida aparentemente perfecta estuvo completamente vacía de autenticidad. Es por eso por lo que rezo algunas noches: “Que el Señor nos conceda una noche tranquila y una muerte Santa” Pero quiero más, no quiero sólo una muerte santa, quiero también una vida santa. Aunque esté muy lejos de ella, la sigo deseando, la santidad. Dime amiga Vejez, ¿es esa nuestra única opción? ¿ser santos o nada? Espero con ansias tu respuesta, dime la fórmula secreta para estar contigo y a la vez ser verdaderos humanos, como lo fue Cristo. Ya me harás saber qué es lo que debo hacer en este momento.

Soldadito Marinero colabora con EL PEZ.

COLABORACIONES

Un Botijo

Se puede tener un móvil, un iPad y hasta un reloj digital que mide pasos y calorías, pero nada es comparable a un jamón o a un botijo

POR JOSÉ F. PELÁEZ

Algunos tienen fondos indexados al índice Nikkei, otros tienen criptomonedas y hay quienes tienen acciones de Alphabet. Pero yo tengo un botijo. Y eso es algo que no tiene todo el mundo. Recuerdo que una Navidad me llamó Chapu para decirme que había visto a un tipo con un jamón y que su cara era la cara de la felicidad. Le entiendo bien: se puede tener un móvil, un iPad y hasta un reloj digital que mide pasos y calorías, pero nada es comparable a un jamón o a un botijo. El que tiene un jamón tiene un proyecto, una ilusión, una temporada por delante llena de alegría. Porque tú puedes estar en una reunión, aburrido y triste, pero recuerdas que tienes un jamón. Y sonríes. A mí me pasa lo mismo cuando recuerdo que tengo un botijo: sonrío, voy a buscarlo y, aunque no me apetezca, echo un trago de agua, que brota hacia mis labios como un maná líquido a una temperatura difícil de explicar, una temperatura que no puede ser descrita con convencionalismos científicos. No tiene grados centígrados, tiene otra cosa, esa temperatura lleva adjetivos que yo ni siquiera sé que existen pero que, en todo caso, aluden a algo más profundo que a una ordinaria escala Celsius. Y crean contradicciones surrealistas. Por ejemplo, el agua de mi botijo está a una temperatura aterciopelada, honrada y blanda. No sé cómo se mide eso, pero es más suave que el agua de una botella normal, más densa que la realidad y sabe que es mía, como lo sabe un perro o una deuda. Puede que si nos pusiéramos pesados y técnicos hayamos de convenir que está a veintidós grados, pero desde luego, yo puedo asegurar que no son los mismos veintidós grados de una triste nevera. La temperatura del botijo tiene otros matices, la ausencia de electricidad cambia la calidad de los grados y los vuelve imperfectos, delicados, humanos, como si la creación entera quisiera agradarme sin otra ayuda que la de la naturaleza y el lenguaje.

Me hace feliz tener un botijo. Voy de un lado a otro de la casa agarrándolo por el asa, como un niño que tira de su peluche. Ya puedo estar escribiendo, leyendo o durmiendo, que da igual, mi botijo está a mi lado. El resto utilizan una botella y un vaso y yo no les culpo. Pero es que yo tengo un botijo y ellos no. Y eso es importante: hay un vínculo entre esa agua calmada y yo. Y entonces ya no es un agua normal, de la que sale del grifo sin esfuerzo ni límite. Esta agua es diferente porque está en mi botijo y es mi agua. Tiene una energía especial, tiene mi apellido. A veces pienso que el botijo es la última tecnología humana que nos queda: convierte el barro y el agua en frescor sin baterías, manual de instrucciones ni megabytes. Solo requiere de paciencia y de confianza en nuestros abuelos, que lo entendían todo mejor que nosotros. Y, además, no es un botijo cualquiera. Pone mi nombre y, en la base, Castilla. Sobre todo, está decorado por el maestro Alfonso Rey, que pintó a dos hombres segando y a un tercero en un trillo del que va tirando dos mulas. A veces me siento el trigo, a veces el barro y a veces la mula. Y creo que es por eso por lo que el agua ya no es solo agua sino algo mágico: el contacto con los símbolos de la sed lo convierten en un altar portátil.

Lo cuido como otros cuidan un coche o un reloj heredado. Porque sé que, si un día se rompe, no podré reemplazarlo sin perder todo lo que encierra: el frescor aterciopelado, la pintura del maestro Rey y mi nombre junto a la palabra Castilla, que es lo mismo que llevar a la vez la pobreza y su remedio, el hambre y su solución, la sed y el agua en el camino. Yo no tengo coche, moto ni caballo. Pero tengo antepasados, un botijo y la certeza de que, mientras esté a mi lado, nunca estaré solo del todo.

Publicado por primera vez en ABC en 2025. Su autor, José F. Peláez, lo cede ahora a EL PEZ.

José F. Peláez colabora con EL PEZ.

EL PEZ LLEGA A TODOS LOS PUERTOS

Lo que empezó como una pequeña iniciativa ha llegado más lejos de lo que imaginábamos: El Pez tiene ya lectores de todas partes. Y queremos que siga nadando.

Por eso, quien quiera recibir cada edición en cuanto salga solo tiene que escribirnos a

periodicoelpez@gmail.com

indicándolo. Ninguna edición se le escapará, y podrá reenviarla a quien crea que le gustará: un pez nunca nada solo.

Recordamos también que El Pez está abierto a todos. Si quieres participar, envíanos tus artículos, cartas, poemas o propuestas a ese mismo correo. Como en un mosaico, cada pieza cuenta.